



EL PUERTO DE AÑANG

El sol del crepúsculo echaba pinceladas rojas, que semejaban coágulos de sangre, sobre las aguas glaucas del estero.

Yo había llegado dos horas después de mediodía a un holiche, — almacén, fonda y posada, — situado a media legua de El Iberá; y como forzosamente debía partir en la madrugada y no quería hacerlo sin echar siquiera un vistazo a la famosa laguna correntina, resolví aprovechar la tarde en un paseo hasta allí.

Había llegado al mesón terriblemente cansado, tras una trotada de doce leguas en un día caliginoso.

Una espléndida *legouada*, un churrasco de carne color de onza brasileña, y una sabrosa *canjica con leite*, todo ello acompañado con agradable *vinho verde*, y terminado con una taza de *arroz doce* y un par de cigarrillos de excelente tabaco goyano, se han sentaron en mi cuerpo, acrecieron el amodorramiento del espíritu.

Ligeramente afiebrado, lo razonable hubiera sido seguir el consejo del hostelero: gozar el reposo que me ofrecía la lona fresca del catre; pero la curiosidad pudo más que los dictados del buen sentido y, resuelto a realizar la excursión, ordené a mi peón que ensillara los caballos.

— ¿Y a qué va ir allá el patrón, si nada no hay que ver en la laguna? — objetó tímidamente el guía; pero cedió a la insistencia de mi mandato, y poco después estábamos en marcha hacia el misterioso campo de aguas.

No tardamos en llegar a la vera de la laguna, que, en efecto, no presentaba nada de original ni atractivo, asemejándose a un vulgar estero cualquiera. Entre la lujuriosa vegetación de sarandíes, juncos, caraguatás y algas de todas clases y colores, veíase a trechos el agua verdosa e inmóvil, que a veces adquiría reflejos sanguíneos con la radiación solar. Aquellos puntos luminosos en medio de la sombría selva acuática, parecían los centenares de ojos de un monstruo apocalíptico...

— ¿Y nada más hay que ver? — pregunté al guía, mientras seguíamos costear el borde cenagoso de la laguna.

— Nada, no señor, no hay — respondiome el correntino.

— ¿Y no se puede entrar?

— Carunchos y jaguaretés al que pueden; cristiano, no.

Avanzamos algo más y de pronto el gaucho soltó el caballo y dijo:

— Más paicito no vamo dir patrón.

— ¿Por qué?

— Porque encimita está el Puerto de Añang.

— ¿Qué es eso?

— ¡El Puerto del Diablo!
— ¡Vamos allá!
— ¡Che ndá jai amó! (¡Yo no voy allá!) — exclamó enérgicamente el correntino.
— ¡Vamos! — ordené con imperio.
— Nda ipotai, patrón! (No puedo, patrón) — replicó obstinado.

Viendo que todas mis insistencias eran vanas, resolví ir solo, desdeñando sus súplicas para que no cometiese semejante temeridad.

Fuí y ví. Era aquello una especie de delta formado por multitud de estrechos y sinuosos canales. Nada más. Regresé a poco, y en el retorno al mesón, el guía, cediendo a mi pedido, me contó la leyenda del fatídico Puerto de Añang, no sin antes advertirme:

— Si usted no reza esta noche un rosario y cinco padrenuestros está perdido. A medianoche tendrá que levantarse de la cama y dar al Puerto de Añang, de donde nunca no volverá más...

Y he aquí la leyenda:

En el medio mismo de la inmensa laguna, a centenares de leguas de sus márgenes, existe un islote, algo como un cerrejuelo, donde se abren las puertas de la morada subterránea del diablo, que no permitirá jamás a un cristiano desentrañar los secretos de su misterioso dominio. ¡Y guay de quien lo intente!... De todos aquellos que se han aventurado a proveerse de piraguas e internarse por los canales del delta, ninguno ha vuelto a tierra firme.

A poco andar, los sarandíes, — que no son sino diablos en acecho, — cogen con sus ramas a la embarcación y al viajero y los hunden a treinta metros bajo la ciénaga.

Hay más. Cuenta la tradición que quienquiera llegue hasta la boca del puerto, volverá fatalmente a él, a medianoche y allí, seducido por encantadoras mujeres, — que no son otra cosa que hijas de Añang, — es elevado en una barca roja y florida hacia las angosturas donde los mandingas de apariencia arbórea cumplen su siniestra misión.

Para salvar de tal suerte a sí mismo, no había otro remedio que recurrir al conjuro de los rosarios y padrenuestros de que me hablaba el guía... Y marcharse de inmediato de la comarca.

Yo sonrí al escuchar el relato. No recé rosarios ni padrenuestros, y me apresuré a emprender la marcha antes de la salida del sol.

Conozco muchas leyendas semejantes y sé que en aquellas tierras de contrabando, Añang se encarna en diversas formas y ¡guay de quien, incrédulo, persista en descubrir sus secretos!

Dib. de Martínez Jara. MARTÍN LAGUNA.

Javier de...